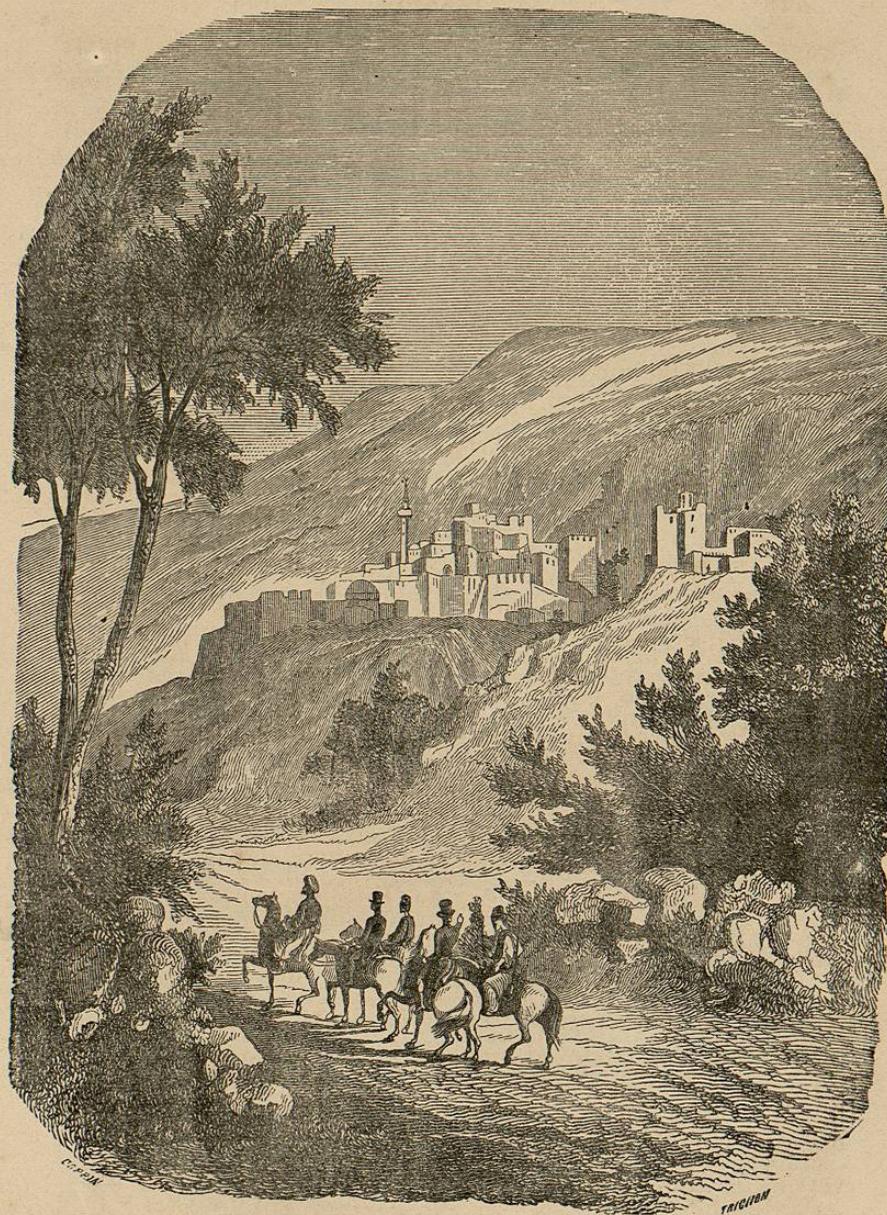


dragoman, que conocia las costumbres, cantó el *Ave, maris stella*, y nosotros le respondimos como unos marineros que han tocado el término de su viaje. En seguida cogí agua de aquel rio, que me pareció algo salobre; pero no me hizo mal, aunque bebí en mucha cantidad: creo que seria bueno su sabor si se la purificase de la mucha arena que arrastra.

Alí-Agá hizo tambien sus abluciones, porque el Jordan es un rio sagrado aun para los turcos y los árabes, que conservan muchas tradiciones hebraicas y cristianas, las unas derivadas de Ismael, cuyo país habitan aún los árabes, y las otras introducidas por los turcos entre las fábulas del Coran.

Segun D'Anville, los árabes dan al Jordan el nombre de *Nahar-el-Arden*; segun el padre Roger, le llaman *Nahar-el-Chiria*. El abate Mariti da á este nombre la forma italiana de *Scheria*, que Mr. de Volney escribe *El-Charia*.

San Gerónimo, en su tratado de *Situ et Nominibus locorum Hebraicorum*, que es como una traduccion de los *Tópicos* de Eusebio, halló el nombre del Jordan en la reunion del de las dos fuentes de este rio *Jor* y *Dan*; pero en otras partes varía de opinion: otros la desechan, siguiendo la autoridad de Josefo, de Plinio y de Eusebio, que colocan la única fuente del Jordan en Paneades, al pié del Hemon, en el Anti-Líbano. La Roque trata con detenimiento esta cuestion en su *Viaje á Siria*, y el abate Mariti no hace mas que reproducirla, citando además un pasaje de Guillermo de Tiro, para probar que Dan y Paneades son una misma ciudad; y esto es lo único que se sabe. Debemos advertir con Relando (*Palestina ex monumentis veteribus illustrata*), y á pesar de la opinion de S. Gerónimo, que el nombre hebreo de este rio sagrado no es *Jordan*, sino *Jorden*, y que aun admitiendo el primer modo de leer, se esplica Jor-



XXVIII.

dan por el rio del Juicio; Jor, que S. Gerónimo traduce *fluvius*, y Dan, que significa *judicans, sive judicium*: etimología tan esacta, que haria improbable la opinion de las dos fuentes Jor y Dan, si la geografia dejase en esto alguna duda.

Como á unas dos leguas mas arriba del paraje en que nos habiamos detenido, habia un gran bosque, al que quise ir, porque conceptuaba que por aquellos contornos y en frente de Jericó, fué por donde los israelitas pasaron el rio, donde dejó ya de caer el maná, donde probaron los primeros frutos de la tierra de promision, donde Naaman fué curado de la lepra, y en donde, en fin, San Juan Bautista bautizó á Jesucristo. Hacia ya tiempo que caminábamos en direccion á este sitio, al que nos hallábamos inmediatos, cuando oimos voces humanas en el bosque. Por desgracia la voz del hombre, que en cualquiera parte sirve de consuelo, y que agradaria oir en las orillas del Jordan, es precisamente la que asusta en aquel desierto. Los betlemitas y el dragoman quisieron huir al instante; pero yo les dije con tono decidido que no habia venido desde tan lejos para volverme tan pronto, y que queria contemplar el rio delante del punto que ocupábamos.

Convinieron en esto á despecho suyo, y volvimos hácia el Jordan, del que nos habiamos apartado por la derecha. Ví que tenia la misma profundidad y anchura que una legua mas abajo, esto es, seis á siete piés de hondo en la orilla, y como unos cincuenta pasos de ancho.

Todos me instaban á que partiésemos, y hasta el mismo Alí-Agá se quejaba, y así hube de ceder á sus instancias, despues de haber tomado las notas mas importantes: saludé por última vez al Jordan; llené un frasco de su agua, y cogí algunas cañas de su orilla; y concluido esto volvimos há-

cia la aldea de Rihha,<sup>1</sup> que es la antigua Jericó, al pié de la montaña de Judea. Apenas habíamos andado un cuarto de legua por el valle, observamos en la arena las huellas de hombres y de caballos. "Alí dijo que nos formáramos en pelóton para que los árabes no nos pudieran contar, y que si por nuestro traje y precauciones llegaban á pensar que éramos *soldados cristianos*, no se atreverían á atacarnos." ¡Qué elogio del valor de nuestros ejércitos!

Nuestras sospechas no eran infundadas, porque á poco rato descubrimos á nuestra espalda y á las orillas del Jordán unos treinta árabes que estaban en acecho. Hicimos marchar delante nuestra *infantería*, que eran los seis betlemitas, y cubrimos la retaguardia con la *caballería*, llevando en el centro el *bagaje*; pero desgraciadamente el asno era muy pesado, y solo andaba á fuerza de palos. El caballo del dragoman metió el pié en un abispero, y las abispas irritadas se lanzaron sobre él, lo que enfureció al caballo en tanto grado, que echó á correr medio desbocado, con mucho terror del pobre Miguel, que daba espantosos gritos; Juan, aunque griego, hacia del valiente, y Alí lo era como un genízaro de Mahometo II. Pero Julian, que de nada se admiraba, pues habia recorrido gran parte del mundo sin mirarlo siquiera, y siempre se creia en la calle de San Honorato, guiaba su caballo con el mayor sosiego, diciéndome de cuando en cuando: "Pero diga vd., señor, ¿no hay justicia en esta tierra que contenga á esos tunantes?"

Después que los árabes nos estuvieron observando mucho tiempo, manifestaron dirigirse hácia nosotros; mas lue-

<sup>1</sup> Es notable que este nombre, que significa *Perfume*, es precisamente el de la mujer que recibió en su casa á los exploradores del ejército de Josué, pues se llamaba *Raab*.

go se escondieron entre los matorrales de la orilla del río; sin duda, como dijo Alí, porque creyeron que éramos soldados cristianos. Con esto llegamos sin otra novedad á Jericó.

El abate Mariti ha reunido con mucho acierto las noticias históricas pertenecientes á esta ciudad célebre,<sup>1</sup> y hablado de sus producciones y del aceite de zaccon, etc., y seria inútil repetirlo, á menos que, como otros muchos, no quiera yo hacer un viaje de viajes. Tambien es sabido que en las cercanías de Jericó hay una fuente, cuyas aguas eran salobres, y Eliseo las volvió dulces por medio de un milagro. Esta fuente está situada dos millas mas abajo de la ciudad, al pié de la montaña donde Jesucristo oró y ayunó durante cuarenta dias. Divídese la fuente en dos brazos, y en sus orillas hay algunos de mijo de la India, grupos de acacias, el árbol que produce el bálsamo de Judea,<sup>2</sup> y algunos arbustos, cuyas hojas se parecen á lilas pero cuya flor no pude ver. No hay rosas ni palmeras en Jericó; ni pude comer los dátiles, que ya en tiempo de Belon habian degenerado mucho. Una acacia muy vieja hace sombra á la fuente, y otro árbol que está mas abajo, encorvándose sobre el arroyo, forma un puente natural.

He dicho que Alí-Agá era natural de Rihha (Jericó), y que era tambien su gobernador. Me llevó, pues, á sus estados, donde sus vasallos me recibieron muy bien, y efectivamente vinieron á cumplimentar á su soberano. Quiso

<sup>1</sup> Se ha olvidado de algunas, tales como el regalo que hizo Antonio á Cleopatra del territorio de Jericó, etc.

<sup>2</sup> Es preciso no confundirlo, sin embargo, con el famoso bálsamo que ya no existe en Jericó. Parece que éste se perdió en el siglo sétimo, por que Arculfó no lo halló. (*De Loc. Sanct. ap. Ven. Bed.*)

que entrase en un viejo caseron, que llamaba su *palacio*, y rehusé este honor, prefiriendo comer junto á la fuente de Eliseo, llamada hoy la *fuentes del Rey*. Atravesando la aldea ví un árabe jóven, que estaba sentado solo, que llevaba plumas en la cabeza y adornos como de día de fiesta. Cuantos pasaban por delante de él se paraban á besarle en la frente y en los carrillos; pregunté qué era aquello, y me dijeron que era un recién casado. Sesteamos, pues, en la fuente de Eliseo, degollaron un cordero, y lo asaron entero en una grande hoguera. Dispuesto el banquete, nos sentamos á la redonda, y cada cual parti6 con las manos lo que quiso comer.

Placiame recordar en estos usos las costumbres de los tiempos antiguos, y hallar en los descendientes de Ismael la memoria de Abraham y de Jacob.

Los árabes, en todos los puntos donde los he visto, en Judea, en Egipto, y aun en Berbería, mas bien me han parecido altos que bajos. Su aire es varonil; son bien formados y ligeros: tienen la cabeza ovalada, la frente espaciosa y arqueada, la nariz aguileña y la mirada apasionada y tierna. Si tuvieran siempre la boca cerrada, no se conocería su agreste ferocidad; pero al hablar se oye un acento áspero y duro, y asoman unos dientes muy largos y blancos, semejantes á los de la onza y del chacal, y en esto se diferencian de los salvajes de América, cuya mirada es feroz y su acento suave.

Las mujeres árabes son en proporcion mas altas que los hombres. Su aire es noble, y sus lindas facciones, la belleza de su talle y formas, y la compostura de sus velos, recuerdan algo las estatuas de las musas y de las antiguas sacerdotisas. Pero estas hermosas estatuas están á veces cubiertas de harapos, de modo que sus formas perfectas se

hallan degradadas por la miseria, la suciedad y sus asiduos y penosos trabajos: un tinte bronceado bafia la regularidad de sus facciones; en una palabra, para ver á aquellas mujeres bajo el punto de vista que yo acabo de describir, es preciso contemplarlas á alguna distancia y contentarse con el conjunto, sin entrar en pormenores.

La mayor parte de los árabes llevan una túnica atada á la cintura con un ceñidor: unas veces sacan un brazo de la manga de esta túnica, y entonces están vestidos al modo antiguo; otras se embozan en una manta de lana blanca, que les sirve de toga, de manto ó de velo, segun que se la rodean al cuerpo, la dejan caer á la espalda, ó se la rollan á la cabeza. Caminan á pié descalzo: sus armas son un puñal, una lanza y fusil muy largo. Las tribus viajan en caravanas, llevando los camellos en fila. El primero de ellos va atado con una soga al cuello de un asno, que sirve de guia á todos, y por lo mismo no lleva carga alguna, y se le trata muy bien: las tribus ricas adornan sus camellos con guarniciones, banderolas y plumas.

Las yeguas son tratadas con mas ó menos honor, segun la nobleza de su raza, pero siempre duramente. Jamás ponen los caballos á la sombra; los dejan espuestos á toda la fuerza del sol, atados á una estaca de los cuatro remos, de modo que no pueden moverse: no les quitan nunca las sillas; por lo comun no les dan agua mas que una vez al día, y el pienso se reduce á un poco de cebaba cada veinticuatro horas. Este trato, lejos de matarlos, les hace sóbrios, sufridos y ligeros. Muchas veces he admirado al caballo árabe atado de este modo en un abrasado arenal, desgrefñada la crin, caída la cabeza entre las manos para hallar un poco de sombra, y mirando de soslayo á su dueño. Pero quitadle las trabas, montadlo, y al punto se es-

*tremece, relincha, quiere tragarse la tierra; suena el clarín y dice: vamos;*<sup>1</sup> y reconocéis el caballo de Job.

Es muy cierto cuanto se refiere de la inclinación de los árabes á oír cuentos, como lo voy á probar con el ejemplo siguiente: la noche que pasamos en las orillas del mar Muerto, mis betlemitas formaron corro alrededor de la hoguera, dejando caídos al lado sus fusiles y los caballos atados á las estacas, formando otro cerco hácia fuera. Después de haber tomado el café y charlado mucho todos juntos, callaron de pronto, menos el sheik ó jeque. A la luz que despedía la hoguera, observaba yo sus gestos expresivos, su barba negra, sus dientes blancos, y las diversas formas que daba á su ropa, siguiendo siempre en hablar. Escuchábanle sus compañeros con suma atención, unas veces inclinados hácia adelante con la cara casi en el fuego, y otras exhalando un grito de admiración, ó remedando con énfasis los gestos que hacía el que contaba: algunas cabezas de caballos que salían por encima del corro, y destacadas de entre las sombras, acababan de dar al cuadro el carácter mas pintoresco, principalmente cuando se añadía una parte del paisaje del mar Muerto y de las montañas de la Judea.

Habia yo estudiado con el mayor interés á las naciones salvajes de América en las orillas de sus lagos; mas ¡cuán diferente casta de salvajes contemplaba aquí! Tenía á la vista á los descendientes de la familia primitiva de los hombres: los veía con las mismas costumbres que conservaron desde el tiempo de Agar y de Ismael, en el mismo desierto que les señaló el Señor por herencia: *Moratus est in so-*

<sup>1</sup> *Fervens et fremens sorbet terram; ubi audierit buccinam, dicit: Vah!*

*litudine, habitavitque in deserto Pharan.* Los encontraba en el valle del Jordan, á las faldas del monte de Samaria, en los caminos de Habron, en los sitios donde la voz de Josué detuvo el sol, en los campos de Gomorra, que humean todavía con la cólera de Jehovah, y que después consolaron los prodigios milagrosos de Jesucristo.

Lo que principalmente distingue á los árabes de los pueblos del Nuevo-Mundo, es que entre la rusticidad de los primeros se halla alguna finura en las castumbres; se conoce que han nacido en aquel Oriente, donde tuvieron su origen todas las artes, todas las ciencias, todas las religiones. Oculto á las estremidades del Occidente, en un país apartado del universo, el salvaje del Canadá habita en valles sombríos, poblados de eternos bosques, y regados por inmensos rios; y el árabe, arrojado, por decirlo así, en el gran camino del mundo, entre el Africa y el Asia, vaga por las brillantes regiones de la Aurora en un terreno sin árboles y sin agua. Entre las tribus de los descendientes de Ismael se necesitan amos y criados, animales domésticos, y una libertad sujeta á ciertas leyes. Entre los salvajes americanos, el hombre se halla todavía enteramente solo con su independencia feroz y cruel: en lugar de una manta de lana, se cubre con una piel de oso; en lugar de una lanza, maneja una flecha; en vez de un puñal, una clava: ni conoce ni estima el dátil, la sandía ni la leche de camello: en sus festines quiere carne y sangre. No tejió el pelo de la cabra para fabricarse una tienda de campaña donde guarecerse: el olmo que se cae de vejez, le presta su corteza para cubrir su choza. No domó el caballo para perseguir la gacela, porque él mismo alcanza al alce en su carrera. No pertenece por su origen á las grandes naciones civilizadas: no se encuentra el nombre de sus abue-